

# "LA VELADA EN BENICARLO"

**MORALES.**—La sociedad española busca, hace más de cien años, un asentamiento firme. No lo encuentra. No sabe construirlo. La expresión política de este desbarajuste se halla en los golpes de Estado, pronunciamientos, dictaduras, guerras civiles, destronamientos y restauraciones de nuestro siglo XIX. La guerra presente, en lo que tiene de conflicto interno español, es una peripecia grandiosa de aquella historia. No será la última. En su corta vida, la República no ha inventado ni suscitado las fuerzas que la destrozan. Durante años, ingentes realidades españolas estaban como sofocadas o retenidas. En todo caso, se aparentaba desconocerlas. La República, al romper una ficción, las ha sacado a la luz. No ha podido ni dominarlas ni atraérselas, y desde el comienzo la han atenuado. Quisiéramos o no, la República había de ser una solución de término medio. He oído decir que la República, como régimen nacional, no podía fundarse en ningún extremismo. Evidente. Lo malo es que el acuerdo sobre el punto medio no se logra. Aquellas realidades españolas, al arrojarse unas contra otras para aniquilarse, rompen el equilibrio que les

brindaba la República y la hacen astillas. En cierta ocasión escribí que entre los valedores de la República debía establecerse un convenio, un pacto como aquel que se atribuyó a los valedores de la Restauración. No me hicieron caso, es claro. ¿Por qué habrían de hacerme caso? Hemos visto ya desde 1932 a ciertos republicanos conspirar con los militares; y a otros (los menos) desfogar su impotente ambición personal en una demagogia descabezada. Pero un régimen que aspire a durar necesita una táctica basada en un sistema de convenciones. Más lo necesitaba la República, recién nacida, sin larga preparación política, entre el estupor pasajero de sus enemigos tradicionales y la aquiescencia condicional, reticente, amenazadora, de algunas masas. Tenía que esquivar la anarquía y la dictadura, que crecen sin cultivo en España. Conocida la realidad, era indispensable el convenio táctico. No quiere decir engaño ni farsa. Por lo visto, nuestro clima no es favorable a la sabiduría política. La República, dando bandazos para un lado y para otro, ha venido a estrellarse en los abruptos contrastes del país.

**PASTRANA.**—Desconfío de las síntesis históricas, sobre todo cuando tienden a probar que la batalla de Lérida no debió perderse. Usted no está al corriente de lo que ha pasado, ni del valor de ciertas acciones personales en tal o cual coyuntura. La realidad ha sido más sencilla y tal vez más lamentable.

**BARCALA.**—Como sea, no tiene remedio. Borrón y cuenta nueva. Nos han traído a esta situación. La aprovecharemos para un ajuste definitivo.

**MORALES.**—¡Borrón y cuenta nueva! ¡Qué candor! ¿Por qué da usted ese tajo en la experiencia? Todo esto existía ayer, cargado de todo esto nacerá el mañana. Pensar otra cosa es una simpleza de programa político.

**BARCALA.**—Gracias. Yo le aseguro a usted que la guerra y la revolución acabarán con esas realidades españolas que la República no ha podido dominar.

**MORALES.**—¿Va usted a matar a todos sus enemigos?

**BARCALA.**—No quiero matar a nadie. Pero la revolución y la guerra en que nos han metido los destruirán.

**MARON.**—Por su parte, ellos, en el terreno que dominan, predicán con el ejemplo.

**MORALES.**—¿Así, la mitad de España pasará a cuchillo a la otra mitad?

**GARCES.**—Ninguna política puede fundarse en la decisión de exterminar al adversario. Es locura, y en todo caso irrealizable. No hablo de su ilicitud, porque en tal estado de frenesí nadie admite una calificación moral. Millares de personas pueden perecer, pero no el sentimiento que las anima. Me dirán que exterminados cuantos sienten de cierta manera, tal sentimiento desaparecerá, no habiendo más personas para llevarlo. Pero el aniquilamiento es imposible y el hecho

mismo de acometerlo propala lo que se pretende desarraigar. La compasión por las víctimas, el furor, la venganza, favorecen el contagio en almas nuevas. El sacrificio cruel suscita una emulación simpática que puede no ser puramente vengativa y de desquite, sino elevada, noble. La persecución produce vértigo, atrae como el abismo. El riesgo es tentador. Mucho puede el terror, pero su falla consiste en que él mismo engendra la fuerza que lo aniquile y al oprimirla multiplica su poder expansivo.

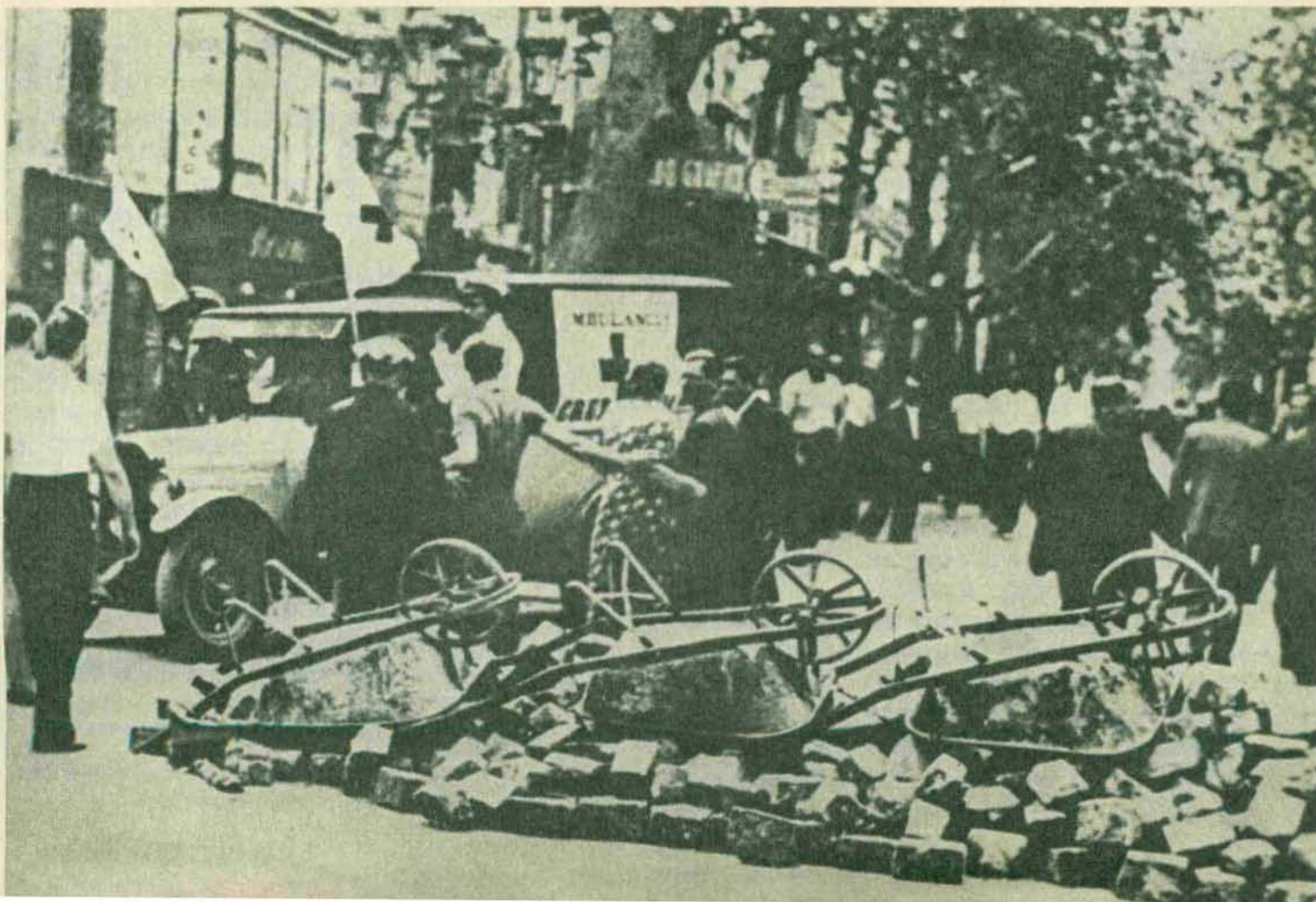
**BARCALA.**—La posesión del poder es para aprovecharla a fondo contra el enemigo.

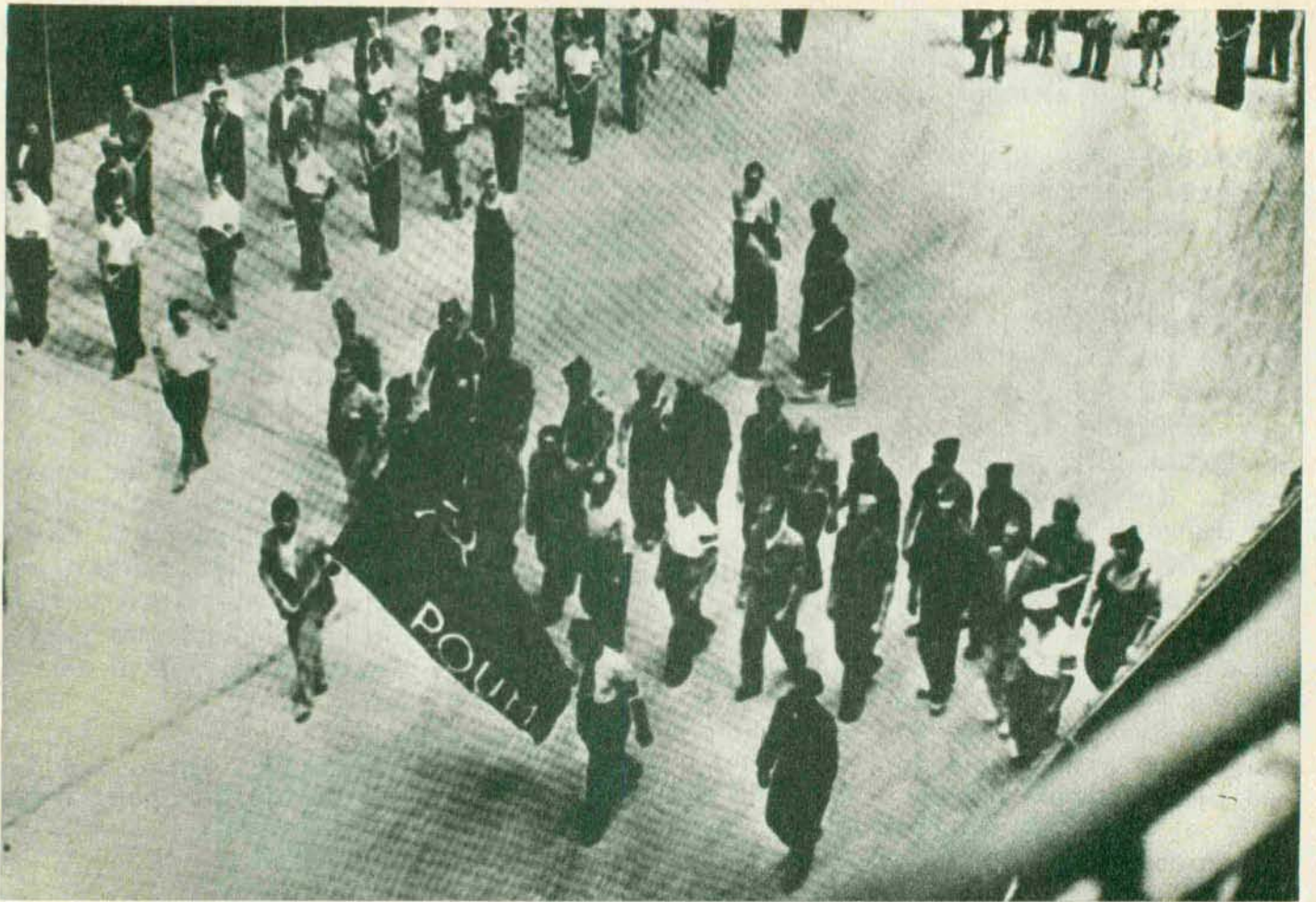
**GARCES.**—El mayor dislate que puede cometerse en la acción es conducirla como si

se tuviera la omnipotencia en la mano y la eternidad por delante. Todo es limitado, temporal, a la medida del hombre. Nada lo es tanto como el poder. Esta convicción opera en el fondo de mi alma como freno invisible, yo mismo no percibo su presencia, y modera todos mis actos. Efecto durable de mi antigua hechura intelectual y moral. En el orden de los negocios humanos, esta cordura reemplaza a las nociones cristianas de responsabilidad, de rendición de cuentas y expiación. Es la moral de Segismundo, que le decidió a ser prudente, no fuese a despertar de nuevo en la torre.

**BARCALA.**—Todo eso es cálculo frío del moderantismo. No resiste la prueba de la realidad.

MANUEL AZAÑA ESCRIBE «LA VELADA EN BENICARLO» DURANTE LOS SUCESOS BARCELONESES DE MAYO DE 1937. MIENTRAS SE HALLA CERCADO EN SU RESIDENCIA, SIN CONTACTO DIRECTO CON SU GOBIERNO Y CON BASTANTES PROBABILIDADES DE SER FUSILADO. EN LA IMAGEN, UNA DE LAS BARRICADAS LEVANTADAS POR ANARCOSINDICALISTAS EN EL CENTRO DE BARCELONA.





JUNTO CON LOS ANARQUISTAS (LOS «AMIGOS DE DURRUTI»), EL P. O. U. M. —PARTIDO OBRERO DE UNIFICACION MARXISTA— FUE EL PRINCIPAL PROTAGONISTA DE LOS SUCESOS DE MAYO DE 1937. ORGANIZADO POR ANDREU NIN, ESTE GRUPO TROTSKISTA CONTABA ENTRE SUS MIEMBROS, PRINCIPALMENTE, CON DISIDENTES DEL PARTIDO COMUNISTA Y DEL BLOQUE OBRERO Y CAMPESINO.

**GARCES.**—Cálculo, es decir, razón. ¿Por qué no? La razón no es fría ni caliente. Eso se queda para las entrañas. Lo que usted llama la realidad, solamente puede ser conocido, pensado y organizado en orden a la conducta, mediante la razón. Habla usted de moderantismo, dando al vocablo una significación baja, despectiva, como si la moderación fuese mero empirismo, que recorta por timidez las alas de la novedad. No es eso. La moderación, la cordura, la prudencia de que yo hablo, estrictamente razonables, se fundan en el conocimiento de la realidad, es decir, en la exactitud. Estoy persuadido de que el caletre español es incompatible con la exactitud: mis

observaciones de esta temporada lo comprueban. Nos conducimos como gente sin razón, sin caletre. ¿Es preferible conducirse como toros bravos y arrojarse a ojos cerrados sobre el engaño? Si el toro tuviese uso de razón no habría corridas.

**BARCALA.**—Pero se admite que los toreros y el público tienen uso de razón y organizan corridas.

**GARCES.**—Porque van a triunfar del que no la tiene.

**BARCALA.**—A veces el toro, irracional, mata al torero. Quiero decir, que la cordura, la razón, la exactitud no sirven de nada delante de la violencia tumultuosa.

**GARCES.**—Entonces se necesitan como nunca. En una borrasca deshecha, ¿qué hará el piloto? ¿Embriagarse o poner a contribución su arte para salvar el navío?

**BARCALA.**—La imagen no sirve, no demuestra nada. Se trata de borascas en el seno de una sociedad, no de temporales en la mar. El piloto no puede pasarse, como si dijéramos, al partido de las olas, ni puede juzgarlas. Son una fuerza natural, desprovista de intenciones. La tormenta que estamos corriendo no es alboroto momentáneo, pasajero, sin objeto. Se propone construir, destruir, declara unos propósitos, buenos o malos. La violencia,

el terror, le sirven de instrumentos. El terror es condenable, pero importa más saber quién tiene razón. Lo otro es secundario. Como usted advierte, me aproximo a su punto de vista.

**GARCES.**—De ningún modo. La cuestión no se plantea por averiguar quién de los bandos españoles tiene más derecho a dirigir el país. Surge de haberse apelado a la violencia, al terror, para imponer a los contrarios la razón que se cree tener, y para exterminarlos si fuese posible. Y del hecho de haber los agredidos apelado también al terror para defenderse. Es un despropósito inmoral y un dislate político separar la intención de una causa de los medios empleados para su triunfo. El terror es innecesario para el logro de lo duradero, y más que ayudarlo lo compromete. Es inútil para el logro de lo imposible. Lo que se obtiene o se funda a fuerza de salvajadas, dura poco, y como no pueden ser permanentes, en cuanto las salvajadas cesan, lo inventado a su sombra siniestra se extingue como lumbre de paja. Los rebeldes han fusilado en Sevilla y su provincia unos cuantos millares de personas. Los necios se echarán esta cuenta: "Otros tantos anarquistas menos". Su sorpresa será terrible cuando adviertan que los millares de muertos producen miles de revolucionarios más. La observación vale para todos.

**BARCALA.**—Usted se cierne en las alturas y pretende juzgar a lo vivos y a los muertos como ser superior.

**GARCES.**—No juzgo. Discuta mis razones si quiere, refútelas, pero no me haga reproches.

**BARCALA.**—De refutarlas se encargan las circunstancias. Lo que usted piensa no sirve para nada. Nadie le escucha. En el otro bando le aborrecen por estar con nosotros, y en éste le volverán la espalda porque no se entrega a fondo.

**GARCES.**—Tal es el rigor de mi destino. Lo conozco bien.

**BARCALA.**—A lo mejor le halaga a usted la soberbia el verse solo, creyendo acertar contra todos y lo prefiere a compartir un sentimiento general.

**GARCES.**—No. En la razón política no veo un placer estético, sino la utilidad. Quisiera verla esparcida. Es también dudoso que esté solo. Mucha más gente de la que usted supone comparte mi parecer. Si yo fuese hombre de acción se lo probaría rápidamente. No siéndolo, me contento con mi discurso personal. Andando el tiempo, cuando el estrépito y el estrago sean confusas memorias, quizá haya alguna persona inteligente para decir que yo tenía razón, si se produce el fenómeno de que mis opiniones sean conocidas. Para entonces ya se habrá obtenido la resultante de este choque y también se habrá hecho el descubrimiento de que hemos dado un rodeo pavoroso, para obtener lo que estaba al alcance de la mano. Y que nos hemos degollado y arruinado estúpidamente.

**BARCALA.**—Nos batimos por la libertad, por la vida y el pan de millones de seres, por la justicia, por la revolución.

**GARCES.**—Vamos por partes. En primer lugar sacaré de ese plural "nos batimos" a mi humilde persona y a la de usted. Ninguno de nosotros dos se bate, a no ser con palabras, que no matan. Y segundo y principal, digo que usted confunde la peripecia presente en que nos va todo eso y mucho más, pero que es accidente y fugaz, con el resultado duradero del conflicto. ¡La justicia, la libertad, el pan!... Sin duda. Pero lo angustioso de este drama sin desenlace consiste en que cuando parezca acabado no tendremos más justicia, más libertad ni más pan que antes.

**BARCALA.**—Entonces, para ser lógicos, cuando se sublevaron los militares debimos someternos a su tiranía.

**GARCES.**—Admito que no tiene usted intención de insultarme. ¿Someterse? De ninguna manera. La ley, el derecho, el orden estaban de nuestra parte. Cuanto he dicho denota el valor que tienen para mí esas palabras. Había que (1) resistir y vencer. Esta necesidad, este deber constituye de por sí una desgracia irreparable, correspondiente a lo monstruoso del atentado. Lo más grave del crimen de la rebelión es que ha creado un enredo inextricable, sin salida satisfactoria, ni provecho posible para el país en ningún orden. En esto pensaba

(1) En la edición de Losada: "de", en lugar de "que".

al decirle que no confundiera la peripecia actual con el valor duradero del resultado. Ahora, es claro, se ventila la suerte de millones de seres. Si triunfasen los rebeldes, a los miles que han fusilado añadirían otros tantos; casi ninguno de los aquí presentes se libraría de la muerte. Si triunfa el Gobierno, el estrago popular, ingobernable, será tremendo. Formado un Himalaya de cadáveres, cuando nada quede por quemar ni matar, si triunfamos nosotros, no tendremos más libertad ni mejor justicia, ni más riqueza, sino un poco peor y un poco menos de todo eso. ¡Y no le digo a usted si triunfasen los rebeldes! Tampoco ellos gozarían de más autoridad ni de más respeto ni de más orden que antes. Reconózcame usted el derecho de entristecerme humildemente.

**BARCALA.**—Pero usted se olvida de la revolución. Existe para que nuestra indudable victoria no sea estéril, y acaso lo fuese en las condiciones que usted pinta. El pueblo se encargará de que la victoria fructifique. No se combate solamente para derrotar a los rebeldes, sino para sacar adelante la revolución.

**GARCÉS.**—Por excusar enojos me abstengo de analizar el contenido, el pensamiento, los hechos que usted comprende en ese nombre. Me limito a recordarle que, al convocarnos para la resistencia, un Gobierno republicano nos convocaba a defender la República, sus leyes, su legitimidad, etcétera. Todos cabíamos en el llamamiento.

Los hechos a cuyo conjunto llama usted revolución han ido produciéndose como abundancia de desorden. Ahora usted y muchos proclaman que ha de defenderse su obra. Será una consigna oficiosa, pero no es la verdad oficial y más vale, porque adoptada oficialmente engendraría una posición desastrosa. Se lo demuestra a usted la contraprueba: Nosotros podemos acusar a los rebeldes de haber desconocido y atropellado la legalidad republicana y formarles proceso sobre ello. Pero sería absurdo acusarles de desacatar la revolución que nadie había implantado ni nadie ha legalizado ni reconocido. Mientras mantengamos contra los rebeldes la República legal, todos los yerros estarán de su parte. Si nos empeñásemos en mantener contra ellos y hacerles acatar ahora una revolución, su culpa original subsistiría, agravada por el estallido revolucionario que han provocado, pero tendrían derecho a desconocerla y no servirla. Si obligados a pedir la paz, hubieran de someterse a la justicia, la que se les hiciera, para ser limpia, tendría que hacerseles en nombre de la ley de la República, no en nombre de la revolución. Por fortuna, no son bastante listos para aprovecharse de una posible suplantación de la legalidad, pero fuera de España quienes no son los rebeldes perciben la importancia del caso y cuando nosotros invocamos con razón nuestra legalidad podrían preguntarnos, y acaso nos pregunten, en qué legalidad vivimos. El daño es inmensurable.

**MARON.**—Una transformación social en España era

inevitable y, dentro de ciertos límites, provechosa, justa. La República quiso emprenderla por sus medios. El intento y la estúpida leyenda de la amenaza comunista han dado pretexto y temas a la rebelión militar. Producido el alzamiento, era fatal la repercusión en el otro lado. La indisciplina militar sirvió de acicate a otras indisciplinas. El río se ha desbordado por ambos márgenes. La República flota todavía en medio de la corriente. Empeñarse en remontarla habría sido naufragio seguro, perdiéndose todo, lo legal y lo revolucionario. Que existe de hecho una revolución no lo desconocerá usted. Tampoco niego que será menester ordenarla, consolidarla. A su sombra se han cometido desmanes y crímenes. Siempre pasa lo mismo en la revolución.

**GARCÉS.**—En efecto, siempre pasa lo mismo, no solamente en materia de crímenes, sino en la totalidad del curso revolucionario y en su desenlace. Lo importante en una revolución es su contenido político, su pensamiento, su autoridad, su capacidad organizadora y su eficacia con respecto de los fines que la desatan. En todos estos capítulos, el haber de lo que ustedes llaman revolución viene a ser cero, como no presente todavía un desfalco. Si ustedes se empeñan en poner en la cuenta de la revolución los crímenes cometidos, le hacen ustedes un flaco servicio, porque en su haber no hay apenas otra cosa. Más valiera reconocer la verdad y declarar que no son obra de la revolución, sino de la criminalidad latente, desatada por la venganza,

la codicia, el odio, la impunidad y la simple lujuria de la sangre. Es estúpido decir que en las revoluciones siempre hay crímenes. Aunque los haya siempre, no dejan de ser odiosos. Soy más generoso que ustedes con la revolución, abortada y descabezada, y los quito de su cuenta. El odio inextinguible azota a los españoles. Es falso llamarlo odio de clases. Dentro de cada clase el odio hace estragos. Ahí están las sindicales asesinandose guapamente, y los burgueses de la rebelión fusilan en racimos a los burgueses del frente popular. Los rebeldes pretenden restaurar el principio de autoridad, basado en la obediencia ciega y en suprimir la libertad de opinión. El principio de autoridad así entendido padece sed de sangre. La autoridad se atribuye la potestad de disponer de la vida de los súbditos. Los rebeldes se conducen como si discurriesen así: cuantas más gentes matemos, mayor será nuestra autoridad. El móvil del odio se enmascara de un propósito político y obra maravillas. De este lado la ferocidad del odio parecía colorearse de un razonamiento vicioso: en todas las revoluciones hay crímenes. Como ahora hay crímenes, es que estamos en revolución. O más aún: a fuerza de crímenes habrá revolución.

**BARCALA.**—El derramamiento de sangre nos repugna a todos. A usted la repugnancia le ofusca y no comprende el momento revolucionario que vivimos.

**GARCES.** — Seguramente. Nadie hay menos sujeto que yo al momento, sea o no revolucionario. Procuró no



ANTES DE «LA VELADA EN BENICARLO», AZAÑA ESCRIBIO OTRA OBRA TEATRAL —«LA CORONA»— QUE FUE ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL, DE MADRID, EN ABRIL DE 1932 CON GRAN ÉXITO. SUS INTERPRETES PRINCIPALES FUERON MARGARITA XIRGU Y MANUEL MUÑOZ, A QUIENES VEMOS EN COMPAÑÍA DEL DIRIGENTE ESPAÑOL.

someterme en cuanto de mí depende. Nadie menos "momentáneo", si puedo decirlo así. Creo obligatorio salirse de esos límites y ver más lejos, en el pasado y en el futuro. Cuando no se haga así, ¿qué tendremos? Aturdimiento, puerilidad, novatadas y fracaso.

**MARON.**—En suma, si nuestro amigo no se enfada, me atreveré a decir que es usted un caso de arcaísmo político. Está usted dominado por el sentimentalismo liberal del siglo XIX que no se lleva en nuestra edad de hierro.

**GARCES.**—Eso mismo dicen los rebeldes de algunos de nosotros, queriendo ponernos en ridículo por no ser tan modernos como ellos. La validez de un criterio político

no depende de su ranciedad o novedad. ¡Cosa más antigua que el imponerse a estacazos! Si le parezco a usted arcaico no me sitúe en el siglo XIX. El fondo de mi pensamiento data del siglo IV antes de Jesucristo... ¡Soy veintitrés siglos más viejo! Quien está metido en el siglo XIX hasta la coronilla son ustedes, lo mismo en los temas capitales de su posición que en los accidentes pintorescos. El propósito político y social de la República era de aquel siglo. Se quería hacer un poco de Revolución francesa, combinada con la economía dirigida y el estatismo...

**MARON.**—Era inexcusable por nuestro retraso político. En España no se había consumado la revolución liberal.

**GARCÉS.**—No lo discuto. Digo que es así. La Internacional y todo el marxismo de ustedes, ¿qué edad tienen? El anarquismo, de cuya importancia en España acabo de oír elogios inesperados en boca de un estadista republicano, es de la misma data. El nacionalismo en que se inspira modernamente el inveterado sentimiento localista español procede de la revolución. La desastrosa consigna de que esta guerra es contra el fascismo internacional parece lejano remedo de la legendaria "guerra a los reyes" de 1792. La impotencia para organizar una guerra de Estado, una disciplina de Estado, nace de una comprensión monstruosa de la soberanía popular. El militarismo demagógico de que ha hablado recientemente el Presidente de la República no se ha cuajado todavía en

cesarismo porque nos falta el caudillo militar que obtenga la victoria o la personifique. Esta podría ser una de las salidas de la situación presente, yendo bien las cosas. Si fuesen mal y la guerra se perdiera, tendríamos una **Commune** en Barcelona, en Valencia, no sé dónde. En suma: Estamos enredados en una maraña muy siglo XIX. El siglo XIX político no (2) encaja en los términos estrictos del calendario. Empezó en 1789 y concluyó en 1914. A nosotros nos toca desollar el rabito. Será por nuestro atraso político, como dice usted.

**BARCALA.**—¡Discursos! Sea del 19 o del 25, España alumbra una nueva civilización. Es un hecho grandioso.

**GARCÉS.**—Es un parto distócico en que nos falta el tocó-

(2). En la edición de Losada: "nos".

logo. Sobran comadronas y vecinas oficiosas.

**BARCALA.**—Usted no cree en la potencia creadora del pueblo.

**GARCÉS.**—¡1848! Palabras, palabras. El pueblo no sabe regular el tiro de la artillería, ni fabricar un avión, ni negociar alianzas.

**BARCALA.**—Usted es, con su lógica, más anarquista que la FAI, un disolvente, un derrotista.

**GARCÉS.**—Mientras no me llamen ustedes faccioso, todo va bien. No me enoja. Si le hago a usted una cuenta y la suma le espanta, ¿qué culpa tengo? ¿Puede usted rectificar alguno de los sumandos? Seguramente, no.

**BARCALA.**—Entonces todo es locura, idiotez, crimen. ¿Para usted no hay nada respetable en nuestra causa?

HE AQUI LOS HOMBRES QUE FORMABAN EL GOBIERNO DE LA GENERALITAT EL 17 DE ABRIL DE 1937: DE IZQUIERDA A DERECHA, SENTADOS, CALVET, TARRADELLAS, COMPANYYS, COMORERA Y DOMENECH; DE PIE, MIRET, AGUADE, FERNANDEZ, VIDIELLA, CAPDEVILA Y SBERT. QUINCE DIAS DESPUES ESTALLARIAN LOS SUCESOS DE MAYO.



**GARCÉS.**—¡Cómo! Hay dos cosas respetables y si me atreviera a emplear vocablos pomposos, diría que sagradas: una es la causa misma de la República, su derecho; otra es el sacrificio de los combatientes, que arrostran la muerte o la padecen abnegadamente. Lo demás está sujeto a las disputas de los hombres. No pretendo disputar. Me permito opinar como cualquier otro.

**BARCALA.**—Pero en las opiniones de usted hay no sé qué de acerbo, de hostil, que no parece de un amigo.

**GARCÉS.**—Pues me callo. La discusión me ha llevado a confesar mi descorazonamiento por el futuro de España. Estoy desolado por el fracaso de la República y sus consecuencias. La amargura se filtra en mis palabras y les presta un sabor que puede engañar. Para concluir amistosamente, lo resumo en un emblema de España. ¿Quiéren ustedes oírlo? Ahí va: ustedes conocen, de nombre por lo menos, un pueblecito cercano de Madrid: Ciempozuelos. Hay en él o había dos manicomios. Al producirse el ataque a Madrid, Ciempozuelos quedó entre las dos líneas, sin que los unos pudieran conservarlo ni los otros ocuparlo. No era de nadie. Ignoro si continúa lo mismo. Un conocido mío, destinado en las intermediaciones, acertó a introducirse solo en Ciempozuelos. Todo el vecindario había huido. El pueblo estaba desierto salvo que los locos, quebrantadas las puertas de su encierro, campaban por sus respetos. Solamente los locos. Me parece innecesario explicarles a ustedes, rasgo por rasgo (3), la exactitud de este problema español. Si

quieren prolongarlo con la fantasía, veamos cómo tratará cada banda el caso de Ciempozuelos. Si entran los autoritarios, los rebeldes, fusilarán a la mitad más uno de los locos, que no habrán dejado de decir palabras imprudentes acerca de la libertad, y a los restantes los encerrarán a viva fuerza. Si entran los del Gobierno, convocarán a los locos, y un representante del Frente Popular les pronunciará (4) un discurso, inculcándoles que se dejen encerrar. No se dejarán. Entonces se nombrará un comité mixto en el que tendrán representación los locos, y por transacción se acordará encerrar al 25 % de ellos. Los otros permanecerán sueltos, y para garantía, los locos tendrán dos puestos en el nuevo Ayuntamiento. Cuando se trate de elegir alcalde reñirán todos, y los locos se retirarán dignamente del comité mixto y del Ayuntamiento. No hay más.

**MARON.**—Es una caricatura cruel.

**GARCÉS.**—No lo niego. Las caricaturas crueles revelan mucho. ¿Ha probado usted a conocer su semblante mirando las que le hacen?

**BARCALA.**—De cuanto ha dicho este amigo lo más frágil es oponer a la violencia de la revolución el valor de ciertas normas de pensamiento y de acción que el movimiento revolucionario pisotea. Puede aspirarse a que la revolución misma las rehabilite, se las apropie y entre en ellas, infundiéndoles nuevo contenido. Es el caso de la revolución triunfante. Pero mientras no triunfa, su marcha parece escandalosa y ruinosa.

**RIVERA.**—De lo que acaba usted de decir deduzco que la revolución no ha triunfado todavía. Si (5) tampoco ha sido vencida ni ha abortado, es que sigue su curso ascendente. En ese estado una revolución va contra algo, pugna por algo. El Gobierno, ¿dirige la revolución?

**BARCALA.**—En modo alguno.

**RIVERA.**—¿Va contra el Gobierno?

**BARCALA.**—Abiertamente no.

**RIVERA.**—¿Contra qué?

**BARCALA.**—Contra la clase burguesa y el orden capitalista.

**RIVERA.**—Pero esa clase, ese orden, ¿por quién están representados? ¿En quién se concentra el ataque o la defensa, si el Gobierno responsable no defiende al atacado ni tampoco recibe inmediatamente el ataque?

**BARCALA.**—La revolución progresa por acción directa contra las instituciones, las personas y los bienes de la burguesía.

**RIVERA.**—¿De todos los burgueses? Veo muchos al lado de la revolución y a otros tranquilos en su burguesía.

**BARCALA.**—Señaladamente contra los burgueses fascistas, para arrancarles su poder económico.

**GARCÉS.**—En una revolución social me sorprende esa salvedad. ¡Contra los fascistas! De hecho usted sabe que no siempre, ni siquiera en la mayoría de los casos, es así. Vamos a lo que importa. Por rechazo de la insurrección militar, hallándose el Gobierno sin medios coactivos, se

(3) En la edición de Losada falta la coma después de "rasgo".

(4) En la edición de Losada: "pronunciar/a".

(5) En la edición de Losada: "ni".



produce un levantamiento proletario que no se dirige contra el Gobierno mismo. Secuestran bienes y personas, muchas perecen sin pasar ante ningún Tribunal, se expulsa o se mata a los patronos (6), a los técnicos que no inspiran confianza, y los sindicatos, radios, grupos libertarios y hasta partidos políticos se apoderan de inmuebles, de explotaciones industriales y comerciales, de periódicos, cuentas corrientes, valores, etcétera. Llamamos a todo esto revolución porque es demasiado vasto y grave para dejarlo en motín. Ahora bien: una revolución necesita apoderarse del mando, instalarse en el Gobierno, dirigir el país según sus miras. No lo han hecho. ¿Por qué? ¿Falta de fuerza, de plan político, de hombres con autoridad? ¿Presentimiento de que un golpe de mano sobre el poder, aun (7) victorioso, derrumbaría la resistencia, nos pondría enfrente de todo el mundo y se perdería la guerra? ¿O el cálculo de crear clandestinamente, por abuso de fuerza, sin responsabilidad y bajo la cobertura de Gobiernos inermes, situaciones de hecho, para mantenerlas después e imponerse al Estado cuando quiera salir de su letargo? De todo habrá. La obra revolucionaria comenzó bajo un Gobierno republicano que no quería ni podía patrocinarla. Los excesos comenzaron a salir a luz ante los ojos estupefactos de los ministros. Recíprocamente al propósito de la revolución, el del Gobierno no podía ser más que adoptarla o reprimirla. Menos aún que adoptarla podía reprimirla. Es dudoso que contara con fuerzas para ello. Seguro estoy de que no las tenía. Aun teniéndolas, su empleo habría encendido otra guerra civil. Cundía y se tomaba en

(6) En la edición de Losada: "patrones".

(7) En las ediciones de Losada y Oasis acentúan "aun".

serio la amenaza de abandonar el frente. ¿Cómo se llama una situación causada por un alzamiento que empieza y no acaba, que infringe todas las leyes y no derriba al Gobierno para sustituirse a él, coronada por un Gobierno que aborrece y condena los acontecimientos y no puede reprimirlos ni impedirlos? Se llama indisciplina, anarquía, desorden. El orden antiguo pudo ser reemplazado por otro, revolucionario. No lo fue. Así no hubo más que impotencia y barullo. El Gobierno republicano se retiró, porque los proletarios, incluso los más moderados, no le secundaban. Se pensó que un Gobierno de proletarios, partidos políticos y sindicales, mezclados con los republicanos, tendría más autoridad. Pero la actitud del Gobierno nuevo respecto de la revolución no varió. Algunos de los que entraban a mandar habían en parte aprobado o promovido los movimientos de la revolución. Se encontraron en la necesidad de decir que su política consistía en ganar la guerra, como la del Gobierno republicano. No pudieron adoptar la revolución, siguieron condenados a padecerla, a contemporar, a aguantarla, como si esperasen su fin, por cansancio o descrédito. El Jefe del Gobierno ha hablado de que ya se han hecho bastantes ensayos, en lo que apunta la persuasión del descrédito y la realidad del cansancio. Incluso el Gobierno formado en noviembre, con la CNT y los anarquistas, en las penosas condiciones que aún no se han hecho públicas, no ha podido prohijar la revolución. Desde antes, los comunistas vienen diciendo que en España debe subsistir la República democrática parlamentaria. Creo en su sinceridad porque tal es la consigna de Stalin. Los confederales y anarquistas del Gobierno no hacen más ni menos que los otros ministros. La CNT con-

tinúa su invasión social; sus (8) ministros no la contienen ni la suscitan. Su presencia en el Gobierno, para ese efecto, es anodina. Incluso pronuncian discursos o escriben artículos en contra de la táctica de los sindicatos y de sus improvisaciones más dañosas. Tampoco eso vale mucho. Los ministros que se moderan, caen en el descrédito, y sus antiguos camaradas, después de silbarlos, les vuelven la espalda. El Gobierno, con pocos medios para imponer su autoridad y con floja voluntad de usarlos, comprueba que en cada coyuntura de los servicios públicos, sean o no de guerra, se ha producido un derrame sindical, paralizante como un derrame sinovial. Tal es hasta ahora el fruto de la revolución: desbarajuste, despilfarro de tiempo, de energía y de recursos, y un Gobierno parálítico. Para la guerra, desastroso.

**BARCALA.**—Con relación a la guerra, el movimiento revolucionario ha sido útil porque asocia a ella el interés de clase del proletariado y vigoriza su acción.

**GARCES.**—A mi juicio, en la guerra no son posibles sin grave daño los fines subalternos, parciales, acomodados al interés o a la ambición de quienes toman parte en ella. El fin de la guerra es rechazar la dictadura militar y la tiranía, mantener en España la libertad, la de todos los españoles y la de la nación en conjunto. Es muy bastante para conseguir el concurso de todos, sin exceptuar al proletariado. Si me apura usted, le demostraré que al proletariado le importa todavía más que a los burgueses liberales, dado el programa de los rebeldes. Cuando al fin primordial de la guerra se adhieren fines parásitos, importantes para un grupo sólo, su aportación a la

(8) En la edición de Losada: "los", en lugar de "sus".

guerra se debilita, pues depende de la utilidad que de la campaña piensa extraer ese grupo. Si en el propósito de los caudillos revolucionarios la guerra ha de servir para implantar, por ejemplo, el sindicalismo, sus actos no se dirigirán puramente a resolver el estricto problema militar de vencer a los rebeldes. Si la guerra se utiliza para abonar el terreno del nacionalismo catalán y prepararle una gran cosecha, la participación en la guerra se subordinará al interés del nacionalismo. Este segundo propósito se basa en un cálculo erróneo, porque si la debilidad de la resistencia, resultante de la dispersión del esfuerzo, lleva a perder la guerra, los grupos que en ella colaboran con reservas mentales perderían lo que ya tienen, lo que esperan ganar y lo que tuvieron antes. Esta observación es incontestable. Con serlo, no basta a destruir aquel cálculo, agazapado en el fondo de las intenciones. El resultado es

que, perdiendo de vista la urgencia de acudir a la guerra según las necesidades terminantes del problema militar, cada cual se preocupa ante todo de tomar posiciones para ser más fuerte el día de la paz e imponerse a los demás y al Estado. Para que semejante conducta no parezca traición, se adelanta como postulado que exime de culpa la seguridad de la victoria. "Se ganará la guerra", dicen. ¿De qué modo? No lo sé, pues cuanto hacen va en derechura a destruir el postulado. Así se comprueba una vez más el efecto paralizante de la revolución respecto de la guerra.

**PASTRANA.**—Voto con usted. Lo singular de nuestro caso no es la simultaneidad de la revolución y la guerra, sino la permanencia en plena guerra de un conato revolucionario, que no habiendo podido o querido triunfar de lleno, dura como desorden y amarra al Gobierno, que no

representa a la revolución, ni se la incorpora ni la somete. No es caso nuevo la amalgama de la guerra y la revolución. Sea que un movimiento revolucionario victorioso provoque la guerra, sea que la guerra misma desencadene la revolución, se ha visto muchas veces a un país en plena fiebre revolucionaria ganar una guerra. Siempre bajo la condición de que el ímpetu revolucionario sea efectivo, su autoridad imponente, la disciplina de acero y que de grado o por fuerza aúne el trabajo de todos y los arrebatos hasta el sacrificio. En suma: la revolución frente a la guerra debe constituirse en un (9) haz irrompible. Aquí cada vareta anda suelta. Por eso creo como usted que la revolución abortada es puro desorden, y si fuese (10) como pretenden, le echaríamos la culpa de perder la guerra.

9) En la edición de Losada: "una".

10) En las ediciones de Losada y Oasis se introduce una coma entre las palabras "fuese" y "como".

**«EN SU CORTA VIDA, LA REPUBLICA NO HA INVENTADO NI SUSCITADO LAS FUERZAS QUE LA DESTROZAN. DURANTE AÑOS, INGEN-  
TES REALIDADES ESPAÑOLAS ESTABAN COMO SOFOCADAS O RETENIDAS. EN TODO CASO, SE APARENTABA DESCONOCERLAS.  
LA REPUBLICA, AL ROMPER UNA FICCION, LAS HA SACADO A LA LUZ», DICE UNO DE LOS PERSONAJES DE «LA VELADA EN BENI-  
CARLO». LA FOTO RECOGE UNA DE LAS MANIFESTACIONES DE APOYO CELEBRADAS EN MADRID AL ADVENIMIENTO DE LA RE-  
PUBLICA. (NOTESE EN LA PANCARTA EL RECUERDO A LOS SUBLEVADOS DE JACA.)**

